

Mary Kaldor

Las nuevas guerras

VIOLENCIA ORGANIZADA EN LA ERA GLOBAL

KRITERIOS
TUSQUETS
EDITORES

los grupos cívicos tanto dentro como fuera de Bosnia, con el fin de construir una alternativa política y social al nacionalismo. Significaría tomar en serio a los componentes civiles del acuerdo, sobre todo la aplicación de la seguridad interna -es decir, el respeto de los derechos humanos y el procesamiento de los criminales de guerra-, además de crear, mediante la reconstrucción social y económica, una alternativa a la economía mafiosa, y fomentar y facilitar el regreso de los refugiados. En este caso, la pacificación significa hacer respetar las leyes humanitarias. Si Bosnia se ha convertido en paradigma del nuevo tipo de guerra y se ha visto metafóricamente expulsada de Europa, también podría ser el modelo de un nuevo tipo de reconstrucción humanitaria y el símbolo de un nuevo europeísmo o internacionalismo.

4 La política de las nuevas guerras

Durante la guerra de Bosnia-Herzegovina, Sarajevo estaba dividida territorialmente en una parte controlada por los serbios y una parte bosnia (principalmente musulmana). Pero la Sarajevo de la guerra también tenía una división no territorial. Había un grupo de personas a las que podría calificarse de globalistas: tropas de pacificación de la ONU, organismos humanitarios, periodistas y habitantes del lugar que hablaban inglés y trabajaban como ayudantes, intérpretes y conductores. Podían salir y entrar con libertad de la ciudad y atravesar el límite territorial protegidos por carros blindados, chalecos antibalas y tarjetas azules. Al mismo tiempo, estaban los demás habitantes de la ciudad, atados a un determinado territorio. En un lado (el bosnio), sufrieron el asedio toda la guerra, y sobrevivieron gracias a la ayuda humanitaria o el mercado negro (si tenían la suerte de poseer marcos), sujetos al fuego de los francotiradores y los bombardeos ocasionales. En el otro (el serbio), las condiciones materiales eran algo mejores, aunque el clima de miedo era peor. En ambos lados, eran vulnerables a las levas y las diversas milicias y mafias que recorrían las calles y se declaraban legítimas justificando su actuación por la lucha nacional.

Los objetivos políticos de las nuevas guerras están relacionados con la reivindicación del poder sobre la base de identidades aparentemente tradicionales: nación, tribu, religión. Sin embargo, el crudelismo de las identidades particularistas en la política no puede entenderse en términos tradicionales. Hay que explicarlo en el contexto de una disonancia cultural creciente entre los que participan en redes transnacionales, que se comu-

nican mediante el correo electrónico, el fax, el teléfono y el avión, y los que están excluidos de los procesos globales y están atados a un lugar, pese a que sus vidas pueden verse profundamente afectadas por esos procesos.

Sería un error suponer que es posible expresar esa separación cultural en términos políticos, que quienes apoyan la política de identidades particularistas están reaccionando contra los procesos de la globalización, mientras que los que favorecen una actitud más tolerante, multicultural y universalista forman parte de la nueva clase internacional. Por el contrario, entre los globalistas se hallan expatriados nacionalistas y fundamentalistas, «realistas» y neoliberales que creen que los compromisos con el nacionalismo ofrecen la mejor esperanza para la estabilidad, así como grupos criminales transnacionales que sacan provecho de las nuevas guerras. Y si bien entre los que están atados al territorio hay muchos que probablemente se aferran a las identidades tradicionales, también existen individuos y grupos de ciudadanos valientes que rechazan los particularismos y las exclusiones.

Lo importante es que los procesos conocidos con el nombre de globalización están destruyendo las divisiones culturales y socioeconómicas que definían los modelos políticos característicos de la era moderna. El nuevo tipo de guerra debe interpretarse en relación con este desplazamiento mundial. Las nuevas formas de lucha por el poder pueden disfrazarse de nacionalismo tradicional, tribalismo o comunismo, pero siguen siendo fenómenos contemporáneos, que tienen causas contemporáneas y poseen rasgos nuevos. Además, van acompañados de una conciencia global y un sentido de la responsabilidad global cada vez mayores por parte de todo un abanico de instituciones –tanto gubernamentales como no gubernamentales– y personas.

En este capítulo describo algunas de las características fundamentales del proceso llamado globalización y explico cómo producen nuevas formas de política de identidades. En la última parte intentaré esbozar la incipiente brecha entre la política de identidades particularista y la política de los valores cosmopolitas o humanistas.

Las características de la globalización

En su libro *Naciones y nacionalismo*, Ernest Gellner analiza la relación entre nacionalismo e industrialización.¹ Describe la aparición de culturas nacionales laicas, con una organización vertical, basadas en lenguas vernáculas que permitían a la gente hacer frente a las necesidades de la modernidad, los encuentros cotidianos con la industria y el gobierno. A medida que diversas ocupaciones rurales iban siendo sustituidas por la producción fabril y el Estado se inmiscuía cada vez en más aspectos de la vida diaria, la gente necesitó poder comunicarse, tanto de palabra como por escrito, en un lenguaje administrativo común y tuvo que adquirir ciertas capacidades homogéneas. Las sociedades anteriores se caracterizaban por tener unas culturas superiores horizontales –latín, persa, sánscrito, etcétera– que se basaban en la religión y no estaban necesariamente unidas al Estado. Junto a ellas había gran variedad de culturas populares e inferiores de tipo vertical. Pero si las culturas superiores antiguas se reproducían en instituciones religiosas y las culturas inferiores se transmitían a través de la tradición oral, las nuevas culturas nacionales verticales nacieron de una nueva clase de intelectuales –escritores, periodistas, profesores– que surgió paralelamente a la instauración de la imprenta, la publicación de literatura secular como los periódicos y las novelas, y la expansión de la enseñanza primaria.

Se puede decir que el proceso de globalización ha empezado a desintegrar esas culturas de organización vertical. Da la impresión de que lo que surge son nuevas culturas horizontales derivadas de las nuevas redes transnacionales, a menudo basadas en el uso del inglés; entre ellas, la cultura del consumo de masas asociada a nombres conocidos en todo el mundo como Coca-Cola o McDonald's, junto a una mezcla de culturas nacionales, locales y regionales como consecuencia de una nueva reafirmación de las particularidades locales.

El término globalización esconde un proceso complejo que, en realidad, supone globalización y localización, integración y fragmentación, homogeneización y diferenciación, etcétera. Por un lado, el proceso crea redes transnacionales y globales de in-

dividuos. Por otro, excluye y atomiza a grandes cantidades de personas; a la inmensa mayoría. Por un lado, la vida de la gente se ve profundamente afectada por hechos que ocurren lejos de donde viven y sobre los que no tienen ningún control. Por otro, existen nuevas posibilidades para incrementar el papel de la política local y regional mediante la vinculación a los procesos mundiales.

Como proceso, la globalización tiene una larga historia. En realidad, hay quien dice que la actual fase de globalización no tiene nada de nuevo; el capitalismo, desde el principio, fue siempre un fenómeno mundial.² Lo que sí es nuevo, en las dos últimas décadas, es la asombrosa revolución en las tecnologías de la información y la comunicación. En mi opinión, esos cambios tecnológicos aportan una nueva intensidad cualitativa al proceso de globalización que, por ahora, está todavía sin definir. Los perfiles actuales del proceso están influidos por el marco institucional de la posguerra y, en concreto, las políticas liberalizadoras llevadas a cabo por los gobiernos durante los años ochenta. Su futuro dependerá de la evolución de los valores, las acciones y las formas de organización políticas y sociales. Aquí esbozo varias tendencias clave que ayudan a entender esa evolución.

En el ámbito económico, la globalización se relaciona con una serie de cambios calificados, según las fuentes, como posfordismo, especialización flexible o fujitsuismo. Estos cambios se refieren, en general, a una transformación en lo que se conoce como el paradigma técnico y económico, la forma predominante de organizar el suministro de bienes y servicios para cubrir el modelo predominante de demanda.³ Las características fundamentales de dichos cambios son la drástica disminución de la importancia de la producción en masa con base territorial, la globalización de las finanzas y la tecnología y la especialización y diversidad crecientes de los mercados. La mejora de la información significa menos importancia de la producción física en proporción con el conjunto de la economía, debido a la mayor importancia de los servicios y a que una proporción cada vez mayor del valor de cada producto la constituye el conocimiento que hay detrás de él: diseño, comercialización, asesoramiento legal y económico. Igualmente, la homogeneización de

los productos, que está unida a economías de escala de tipo territorial, puede verse sustituida por una diferenciación cada vez mayor con arreglo a la demanda local o especializada. Ésa es la razón de que los niveles nacionales de organización económica hayan disminuido de importancia paralelamente al menor énfasis en la producción con base territorial. Por otro lado, los niveles mundiales de organización económica han aumentado enormemente debido al carácter global de las finanzas y la tecnología, mientras que los niveles locales se han hecho también más significativos por la diferenciación creciente de los mercados.

La globalización incluye también la transnacionalización y la regionalización de la gobernanza. Ha habido, desde la guerra, un aumento explosivo de las organizaciones, los acuerdos y los organismos reguladores de ámbito internacional. Cada vez son más las actividades gubernamentales que están reglamentadas en virtud de un acuerdo internacional o integradas en instituciones transnacionales; cada vez hay más departamentos y ministerios envueltos en modalidades formales e informales de cooperación con sus homólogos en otros países; cada vez hay más decisiones políticas que se remiten a foros internacionales que, muchas veces, no responden ante nadie. Al mismo tiempo, las dos últimas décadas han presenciado una reafirmación de las políticas locales y regionales, sobre todo —pero no sólo— en materia de desarrollo. Dicha reafirmación ha adoptado distintas formas: iniciativas de orientación científica o empresarial, por ejemplo los «polos tecnológicos» como Silicon Valley o Cambridge, en Inglaterra; un redescubrimiento de las tradiciones municipales, como en el norte de Italia; iniciativas pacifistas o ecologistas como las zonas desnuclearizadas o los proyectos de reciclaje de residuos; además de formas nuevas o renovadas de clientelismo y patrocinio local.⁴

Paralelamente a la naturaleza cambiante de la gobernanza ha habido un crecimiento asombroso en las redes transnacionales y no gubernamentales de carácter informal. Entre ellas están las ONG, tanto las que realizan funciones antes desarrolladas por los gobiernos —por ejemplo, la ayuda humanitaria—, como las que llevan a cabo campañas sobre problemas de dimensión

mundial: derechos humanos, ecología, paz, etcétera.⁵ Estas ONG trabajan, sobre todo, a escala local y transnacional, en parte porque son los ámbitos de los problemas que abordan y en parte porque el acceso a la política nacional está copado por los partidos políticos de ámbito estatal. Así, organizaciones como Greenpeace o Amnistía Internacional son famosas en todo el mundo, pero su influencia sobre los gobiernos nacionales es limitada. Además han florecido otros tipos de redes transnacionales: vínculos entre diversas actividades culturales y deportivas; grupos religiosos y étnicos; el crimen internacional. La educación superior está cada vez más globalizada, debido a los intercambios de estudiantes y facultades y gracias al uso privilegiado de Internet.

Estos cambios políticos y económicos implican asimismo transformaciones de largo alcance en las formas organizativas. La mayoría de las sociedades se caracterizan por lo que Bujarin llamaba un «monismo de arquitectura».⁶ En la era moderna, los Estados-nación, empresas y organizaciones militares tenían formas verticales de organización jerárquica muy similares: la influencia de la guerra moderna –sobre todo la experiencia de la segunda guerra mundial– sobre las formas de organización fue general. Robert Reich, en su libro *El trabajo de las naciones*, describe cómo las naciones han pasado de ser organizaciones nacionales verticales, en las que el poder estaba concentrado en manos de los propietarios, en la cima de una cadena de mando piramidal, a fenómenos globales cuyas estructuras se parecen a una tela de araña, con el poder en manos de quienes poseen conocimientos técnicos o económicos, que están repartidos por toda la red:

«Sus sedes tan dignas, costosas fábricas, almacenes, laboratorios y flotas de camiones y aviones privados son de alquiler. Sus obreros, porteros y contables tienen contratos temporales; sus investigadores, ingenieros de diseño y directores de mercadotecnia tienen una parte en los beneficios. Y sus distinguidos directivos no tienen gran poder ni autoridad en este ámbito, sino que tienen escaso control directo sobre ninguna cosa. En vez de imponer su voluntad en un imperio corporativo, orientan ideas a través de las nuevas redes de empresa».⁷

Algo parecido ocurre en las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales. Los departamentos ministeriales, en todos los niveles, están desarrollando vínculos transnacionales horizontales; la actividad del gobierno se realiza, cada vez más, a través de diversas modalidades de privatización y semiprivatización. Las formas de organización descentralizadas y horizontales que caracterizan a las ONG y a los nuevos movimientos sociales contrastan a menudo con las formas tradicionales y verticales de los partidos políticos.⁸ Los dirigentes políticos, como los directivos empresariales, son, en el mejor de los casos, facilitadores y creadores de opinión y, en el peor, imágenes o símbolos, representaciones públicas de redes interconectadas de actividad sobre las que tienen escaso control.

La globalización ha tenido un profundo efecto sobre las estructuras sociales. En los países industriales avanzados, las clases obreras tradicionales han disminuido o están disminuyendo, paralelamente al descenso de la producción en masa con base territorial. Debido a las mejoras en la productividad y a que hace falta un trabajo menos cualificado, la fabricación industrial da trabajo a menos obreros y peor pagados, sobre todo a mujeres e inmigrantes, si no se traslada directamente a países con salarios inferiores.

Lo que ha aumentado son las personas a las que Alain Touraine llama trabajadores de la información⁹ y Robert Reich, analistas simbólicos, esas personas que poseen y utilizan los conocimientos que –para citar a Reich– identifican, resuelven y gestionan problemas mediante «manipulaciones de símbolos: datos, palabras, representaciones orales y visuales».¹⁰ Son personas que trabajan en la tecnología o las finanzas, en la enseñanza superior ampliada o en la multitud, cada vez mayor, de organizaciones transnacionales. La mayoría de la gente no entra en ninguna de estas dos categorías. O trabajan en servicios, por ejemplo como camareros, vendedores, taxistas, cajeros, etcétera, o se suman a las filas crecientes de parados, que se han quedado sin empleo por el aumento de la productividad asociado a la globalización. Esta nueva estructura social se refleja en una mayor disparidad de ingresos entre quienes trabajan y quienes no, y entre quienes trabajan, según su capacidad.

Las disparidades de ingresos están relacionadas también con las disparidades geográficas, tanto dentro de un mismo continente, país o región como entre unos y otros. Está la disparidad creciente entre las áreas -sobre todo las regiones industriales avanzadas- capaces de sacar provecho a sus posibilidades tecnológicas y el resto. Algunas zonas pueden prosperar, al menos temporalmente, atrayendo la producción a gran escala: el sureste asiático, el sur de Europa y, en un posible futuro, Europa central. Las demás regiones están atrapadas en la economía mundial en la medida en que las fuentes tradicionales de ingresos se van erosionando, pero no son capaces de participar ni en la producción ni en el consumo. Los mapas que hacen las empresas internacionales de la segmentación de sus mercados suelen dejar fuera la mayor parte del mundo. Pero esas disparidades geográficas, cada vez más amplias, se pueden hallar incluso en el interior de un mismo país, continente y hasta ciudad; y eso ocurre tanto en el mundo industrial avanzado como en el resto. En todas partes están surgiendo límites entre los enclaves globales, prósperos y protegidos, y las áreas que quedan fuera de ellos, anárquicas, caóticas y golpeadas por la pobreza.

Estas tendencias esbozadas son, al mismo tiempo, aleatorias y construidas. No hay nada de inevitable, por ejemplo, sobre el aumento de las disparidades sociales, económicas y geográficas; en parte, son consecuencia de la desorganización o de una organización que surge de la inercia anterior. En cambio, lo que puede darse por descontado es el alejamiento histórico de las culturas verticales características de la era del Estado-nación, que producían un sentido de la identidad nacional y una sensación de seguridad. Los símbolos abstractos, como el dinero y la ley, que constituyen la base de las relaciones sociales en sociedades en las que ya no predominan las interacciones personales, eran un elemento constitutivo de dichas culturas nacionales.¹¹ En la actualidad es un tópico hablar de una «crisis de identidad», una sensación de alienación y desorientación que acompaña la descomposición de las comunidades culturales.

Sin embargo, también es posible señalar ciertas formas incipientes de clasificación cultural. Por un lado, están los que se consideran parte de una comunidad mundial de personas que

piensan de forma parecida, principalmente los trabajadores de la información, que cuentan con una buena formación, o los analistas simbólicos, que pasan mucho tiempo en aviones, teleconferencias, etcétera, y que tal vez trabajan para una empresa multinacional, una ONG o alguna otra organización internacional, o que quizá pertenecen a una red de científicos, o deportistas, o músicos y artistas, o algo semejante. Por otro lado, están quienes se sienten excluidos y pueden considerarse, o no, parte de una comunidad local o particularista (religiosa o nacional).

Hasta ahora, las nuevas agrupaciones globales no están politizadas o, al menos, casi no lo están. Es decir, no constituyen la base de comunidades políticas en las que puedan fundarse nuevas formas de poder. Una razón es el individualismo y la anemia que caracterizan a la época actual: la sensación de que la acción política es superflua ante la enormidad de los problemas actuales, la dificultad de controlar o influir sobre la tela de araña de la estructura de poder y la fragmentación cultural de las redes horizontales y de las lealtades particularistas. Tanto el que Reich llama el cosmopolita *laissez-faire*, que se ha «apartado» de la nación-estado y persigue sus intereses de consumo individuales, como los incansables jóvenes criminales, los nuevos aventureros, presentes en todas las zonas excluidas, reflejan este vacío político.

De todas formas, existen semillas de politización en ambos tipos de grupos. La politización cosmopolita puede encontrarse en el interior de las nuevas ONG o los nuevos movimientos sociales transnacionales y dentro de las instituciones internacionales, así como en las personas, asociada a un compromiso con los valores humanos (derechos sociales y políticos universales, responsabilidad ecológica, paz y democracia, etcétera) y a la noción de sociedad civil transnacional, la idea de que unos grupos organizados por su cuenta y que actúen por encima de las fronteras pueden resolver problemas y presionar a las instituciones políticas. La nueva política de las identidades particularistas también puede interpretarse como una reacción ante estos procesos mundiales, como una forma de movilización política ante la impotencia cada vez mayor del Estado moderno.

Política de identidades

Utilizo el término «política de identidades» para referirme a movimientos que surgen asociados a una identidad étnica, racial o religiosa y con el propósito de luchar por el poder estatal.¹² Y utilizo el término «identidad», en sentido estricto, como una forma de etiqueta. Cuando hablamos de conflictos tribales en África, conflictos religiosos en Oriente Próximo o el sur de Asia, o conflictos nacionalistas en Europa, todos tienen una característica común, que es el uso de etiquetas como base para las reivindicaciones políticas. Tales conflictos se califican, a menudo, de conflictos étnicos. El término *etnos* tiene una connotación racial, pese a que diversos autores insistan en que «etnia» se refiere a una comunidad cultural, más que a una comunidad basada en los lazos de sangre. Aunque es evidente que las reivindicaciones étnicas no tienen fundamento racial, lo importante es que esas etiquetas suelen tratarse como una cosa con la que uno nace y que no se puede cambiar; no pueden adquirirse mediante la conversión ni la asimilación. Uno es alemán si su abuela era alemana, aunque no sepa hablar la lengua ni haya estado nunca en Alemania; pero uno no es alemán si sus padres eran turcos, aunque viva y trabaje en Alemania. Un católico nacido en Belfast occidental está condenado a seguir siendo católico aunque se convierta al protestantismo. Un croata no puede volverse serbio adoptando la religión ortodoxa y escribiendo en alfabeto cirílico. En la medida en que esas etiquetas se consideran derechos inalienables, los conflictos basados en la política de identidades también pueden denominarse conflictos étnicos. Existen, por supuesto, formas de política de identidades en las que las etiquetas no son derechos inalienables sino que pueden imponerse voluntariamente o por la fuerza. Ciertas sectas del Islam militante, por ejemplo, pretenden crear Estados puramente islámicos mediante la conversión de los no musulmanes.¹³

El término «política» se refiere a la reivindicación del poder estatal. En muchas partes del mundo hay un renacer religioso o un interés renovado por la supervivencia de las culturas y las lenguas locales, y eso es, en parte, una respuesta a las tensiones de la globalización. Las campañas políticas para proteger o pro-

mover la religión o la cultura pueden provocar con frecuencia exigencias de poder. Pero no es eso lo que quiere decir la política de identidades. Esas campañas políticas exigen derechos culturales y religiosos, y eso es muy distinto a la exigencia de derechos políticos basados en la identidad. Estos últimos son una forma de comunitarismo muy diferentes de los derechos políticos individuales y que pueden estar reñidos con ellos.

Se puede establecer un contraste entre la política de identidades y la política de las ideas. La política de las ideas se ocupa de proyectos de futuro. Por ejemplo, las luchas religiosas de Europa occidental en el siglo xvii trataban de liberar al individuo de la opresión de la Iglesia institucional. Las primeras luchas nacionalistas en la Europa del siglo xix o el África colonial buscaban la democracia y la construcción del Estado. Se concebían como forma de aunar a distintos grupos de gente bajo la rúbrica de la nación con propósitos modernizadores. En épocas más recientes, la política ha estado dominada por ideas laicas y abstractas, como el socialismo o el ecologismo, que ofrecen una visión de futuro. Este tipo de política suele ser integradora y acoge a todos los que apoyan la idea, aunque, como ha demostrado la experiencia reciente, el carácter universalista de dichas ideas puede servir de justificación para prácticas totalitarias y autoritarias.

En cambio, la política de identidades tiende a ser fragmentadora, retrógrada y excluyente. Los agrupamientos políticos basados en una identidad exclusiva suelen ser movimientos de nostalgia, basados en la reconstrucción de un pasado heroico, el recuerdo de las injusticias, reales o imaginarias, y de famosas batallas, ganadas o perdidas. Adquieren significado a través de la inseguridad, del miedo reavivado a los enemigos históricos o de una sensación de estar amenazados por los que tienen etiquetas diferentes. Las etiquetas siempre pueden dividirse y subdividirse. No existe la pureza ni la homogeneidad culturales. Toda política basada en una identidad excluyente genera forzadamente una minoría. En el mejor de los casos, la política de identidades supone una discriminación psicológica contra los que tienen una etiqueta diferente. En el peor, provoca la expulsión de poblaciones y el genocidio.

La nueva política de identidades deriva de la desintegración o erosión de las estructuras del Estado moderno, especialmente los Estados centralizados y autoritarios. La caída de los Estados comunistas a partir de 1989, la pérdida de legitimidad de los Estados poscoloniales en África o el sur de Asia, o incluso el declive de los Estados de bienestar en países industriales más avanzados proporcionan el entorno en el que se alimentan esas nuevas formas de política.

La nueva política de identidades tiene dos orígenes principales, ambos vinculados a la globalización. Por un lado, se puede considerar una reacción ante la impotencia cada vez mayor y la legitimidad cada vez menor de las clases políticas establecidas. Desde esta perspectiva, es una política promovida desde arriba, que aprovecha y fomenta los prejuicios populares. Es una forma de movilización política, una táctica de supervivencia para los políticos activos en la política nacional, sea en el ámbito del Estado o de regiones definidas como naciones, como en el caso de las repúblicas de la antigua Yugoslavia o la antigua Unión Soviética, o en lugares como Cachemira o Eritrea antes de la independencia. Por otro lado, nace de lo que se puede calificar de economía paralela —nuevas formas legales e ilegales de ganarse la vida, surgidas entre los sectores marginales de la sociedad— y constituye una manera de legitimar esas nuevas formas turbias de actividad. Sobre todo en Europa del Este, los sucesos de 1989 condensaron el impacto de la globalización al socavar la nación-estado y al dar pie a nuevas formas de actividad económica en un breve espacio de tiempo «transitorio», de tal forma que esta modalidad de nacionalismo desde abajo se unió al nacionalismo desde arriba en una combinación explosiva.¹⁴

En Europa del Este, el uso del nacionalismo como forma de movilización política es anterior a 1989. Especialmente en los antiguos Estados multinacionales comunistas, la conciencia nacional se cultivaba de manera deliberada en un contexto en el que las diferencias ideológicas estaban prohibidas y las sociedades, en teoría, habían sido objeto de una homogeneización y una «limpieza social».¹⁵ La nacionalidad, o ciertas nacionalidades oficialmente reconocidas, se convirtieron en el paraguas legítimo que cubría la búsqueda de diversos intereses políticos,

económicos y culturales. Este hecho fue especialmente importante en la antigua Yugoslavia y la antigua Unión Soviética, donde la diferencia nacional se «consagró en la constitución».¹⁶

Estas tendencias se reforzaron por el funcionamiento de las economías de escasez. En teoría, se supone que las economías planificadas eliminan la competencia. Desde luego, la planificación elimina la competencia por los mercados. Pero produce otra forma de competencia, por los recursos. En teoría, unos dirigentes racionales trazan el plan y lo transmiten a lo largo de una cadena vertical de mando. En la práctica, el plan se «construye» a través de múltiples presiones burocráticas y después se «descompone». Se convierte en la expresión de un compromiso burocrático y, debido a la obligación del «presupuesto flexible», las empresas gastan siempre más de lo previsto. El resultado es un círculo vicioso en el que la escasez intensifica la competencia por los recursos y la tendencia entre ministerios y empresas al acaparamiento y la autarquía, que incrementa todavía más la escasez. En este contexto, la nacionalidad se convierte en un instrumento que puede emplearse para aumentar la competencia por los recursos.¹⁷

Ya a principios de los años setenta había autores que advertían sobre un estallido nacionalista en la antigua Unión Soviética como consecuencia de la utilización que se había hecho de la política de la nacionalidad para apuntalar el proyecto socialista en decadencia.¹⁸ En un artículo clásico, publicado en 1974, Teresa Rakowska-Harmstone empleaba el término «nuevo nacionalismo» para designar «un nuevo fenómeno que está presente incluso entre personas que, en el momento de la revolución, no tenían más que un sentido incipiente de una cultura común».¹⁹ La política soviética creó una jerarquía de nacionalidades basada en una elaborada jerarquía administrativa en la que la categoría de aquéllas estaba unida a la categoría de las unidades administrativas territoriales: repúblicas, regiones autónomas y áreas autónomas. Dentro de esas ordenaciones administrativas, se fomentaban la lengua y la cultura maternas de la supuesta nacionalidad «titular» y a los miembros de esa nacionalidad se les daba prioridad en la administración local y la educación.²⁰ El sistema produjo lo que Zaslavsky ha llamado una «división

del trabajo explosiva», en la que una elite administrativa e intelectual nativa mandaba sobre una clase obrera urbana procedente de Rusia y una población rural indígena.²¹ La elite local usaba el desarrollo de la conciencia nacional para fomentar la autonomía administrativa, sobre todo en el ámbito económico.

Como afirmaba en el capítulo anterior, un proceso parecido fue el que se produjo en la antigua Yugoslavia, sobre todo a partir de que la constitución de 1974 consolidara las naciones y repúblicas que componían la federación y restringiera los poderes del gobierno federal. Lo que mantenía juntos a esos Estados multinacionales era el monopolio del Partido Comunista. Después de 1989, cuando se desacreditó el proyecto socialista, se deshizo, por fin, el monopolio del partido y se celebraron elecciones democráticas por primera vez, el nacionalismo estalló abiertamente. En una situación en la que hay poco que escoger entre partidos, en la que no hay historia de debate político, en la que los nuevos políticos son casi desconocidos, el nacionalismo se convierte en un mecanismo de diferenciación política. En las sociedades en las que los habitantes suponen que se espera que voten en determinado sentido, en las que no están acostumbrados a la elección política y pueden ser reacios a darla por descontada, votar con arreglo a límites nacionales se convierte en la opción más sencilla.

El nacionalismo representa una continuidad con el pasado y, al mismo tiempo, una forma de negar u «olvidar» una complicidad con ese pasado. Representa una continuidad, en parte, por como fue alimentado en la era anterior, no sólo en los Estados multinacionales, y, en parte, porque su forma es muy parecida a la de las ideologías de la guerra fría. El comunismo, en concreto, sacó mucho provecho de una mentalidad de guerra de ellos contra nosotros, buenos contra malos, y elevó el concepto de comunidad colectiva homogénea. Al mismo tiempo, es una forma de negar el pasado porque los regímenes comunistas condenaban a las claras el nacionalismo. Como en el caso de la adhesión feroz al mercado, el nacionalismo es una forma de negar lo que hubo antes. El comunismo puede ser considerado un personaje «ajeno», un «forastero», sobre todo en los países ocupados por tropas soviéticas, y con ello se exculpa a quienes

aceptaron o toleraron el régimen, o incluso a quienes colaboraron con él. La identidad nacional, en cierto modo, es pura e inmaculada en comparación con otras identidades profesionales o ideológicas que estaban determinadas por el contexto anterior.

En otros lugares se pueden observar algunas tendencias similares, aunque menos extremas. Ya en los años setenta y ochenta, la fragilidad de las estructuras administrativas poscoloniales era evidente. Los Estados de África y Asia tenían que hacer frente a la desilusión de las esperanzas puestas en la independencia, el fracaso del proyecto de desarrollo a la hora de vencer la pobreza y la desigualdad, la inseguridad de la rápida urbanización y la descomposición de las comunidades rurales tradicionales, así como el efecto del ajuste estructural y las políticas de estabilización, liberalización y desregulación. Además, como en el caso de la antigua Yugoslavia, la pérdida de una identidad internacional basada en la pertenencia al movimiento de los no alineados, al acabar la guerra fría, tuvo repercusiones internas. Tanto los políticos gobernantes como los dirigentes de oposición empezaron a utilizar las identidades particularistas de diversas formas: para justificar políticas autoritarias, para crear chivos expiatorios, para movilizar el apoyo basándose en el miedo y la inseguridad. En muchos Estados poscoloniales, los partidos gobernantes se consideraban partidos de izquierda que ocupaban el hueco de los movimientos de emancipación. Como en los Estados poscomunistas, la ausencia de un movimiento de emancipación legítimo dejó la política a merced de reivindicaciones basadas en tribus o clanes, grupos religiosos o lingüísticos.

En el periodo precolonial, la mayoría de esas sociedades no tenían más que un sentido muy vago de la identidad étnica. Los europeos, con su pasión por la clasificación, con censos y documentos de identidad, impusieron categorías étnicas más rígidas, que luego evolucionaron de forma paralela al crecimiento de los medios de comunicación, carreteras y ferrocarriles y, en algunos países, la aparición de una prensa en lengua vernácula. En ciertos casos, las categorías eran totalmente artificiales: la distinción entre hutus y tutsis en Ruanda y Burundi era una distinción apropiada y, en gran parte, social antes de que el gobierno belga

introdujera las tarjetas de identidad; del mismo modo, los ngala, la tribu de la que aseguraba proceder el presidente Mobutu de Zaire, era esencialmente un invento belga. En el periodo posterior a la independencia, la mayoría de los partidos gobernantes defendieron una identidad nacional que abarcase a los grupos étnicos, con frecuencia numerosos, comprendidos en los territorios artificialmente definidos de las nuevas naciones. A medida que se fueron desvaneciendo las esperanzas de la independencia, muchos políticos empezaron a apelar a tendencias particularistas. En general, cuanto más débiles eran las estructuras administrativas, más pronto sucedía. En algunos países, como Sudán, Nigeria o Zaire, se desarrollaron los llamados regímenes «depredadores», en los que el acceso al poder y la riqueza personal dependía de la religión o la tribu.²² En India, donde la democracia fue continua durante casi todo el periodo posterior a la independencia, el uso que hizo el Partido del Congreso de los rituales y símbolos hindúes en los años setenta preparó el camino para nuevas formas de movilización política basadas en la identidad, sobre todo la religión.²³

Muchos de estos Estados eran muy intervencionistas. A medida que la ayuda exterior empezó a ser sustituida por los préstamos comerciales en los años setenta, a medida que se acumuló la deuda externa y se introdujeron los programas de «ajuste estructural», los ingresos estatales disminuyeron y, como en los antiguos países comunistas, la rivalidad política por el control de los recursos se intensificó. El final de la guerra fría supuso la reducción de la ayuda extranjera a países como Zaire o Somalia, que se habían considerado estratégicamente importantes. Al mismo tiempo, las presiones en favor de la democratización produjeron intentos cada vez más desesperados de mantenerse en el poder, a menudo a base de fomentar las tensiones étnicas.

Incluso en Europa occidental, la erosión de la legitimidad relacionada con la autonomía decreciente de la nación-estado y la corrosión de las fuentes tradicionales de cohesión social, frecuentemente de origen industrial, se hicieron mucho más transparentes a partir de 1989. Ya no era posible defender la democracia mediante la referencia a su ausencia en otros lugares. La identidad específicamente occidental, definida con relación a la

amenaza soviética, quedó debilitada. Y el carácter distintivo de la identidad nacional con relación a la guerra fría perdió contenido; por ejemplo, el gaullismo en Francia, la relación especial de los británicos con Estados Unidos o el papel griego como intermediario entre este y oeste en los Balcanes. Alemania, por supuesto, es un caso especial, ya que ganó una nueva identidad nacional sobre las ruinas del Muro de Berlín y permitió el redescubrimiento de la historia enterrada.

Igualmente significativo es el vacío político, el ocaso de la izquierda y la reducción del espacio para la verdadera diferencia política. Los partidos explotan el nacionalismo, o algunas semillas del nacionalismo como las leyes de asilo, cual forma de diferenciación política. La izquierda no presenta una oposición clara o actúa todavía peor, sobre todo los sectores de la izquierda desacreditados por la caída del comunismo. En Francia, Jean-Marie Le Pen, dirigente del Frente Nacional, cuenta con el apoyo de antiguos votantes comunistas. El Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK), en Grecia, juega la carta nacionalista.²⁴

Los países occidentales, por supuesto, no comparten la experiencia del autoritarismo colectivista, aunque las regiones, como Irlanda del Norte, en las que la política particularista es fuerte, tienden a ser las mismas en las que la democracia ha sido débil. Una sociedad civil activa suele servir de contrapeso para la desconfianza hacia los políticos, el alejamiento de las instituciones políticas, la sensación de apatía y futilidad que proporciona una posible base para las tendencias populistas. No obstante, la «secesión» de las nuevas clases cosmopolitas y la fragmentación y dependencia de quienes están excluidos de los beneficios de la globalización son también típicas de los países industriales avanzados.

El otro gran origen de la nueva política de identidades es la economía paralela. Esta es, en gran parte, producto de las políticas neoliberales llevadas a cabo en los años ochenta y noventa —la estabilización macroeconómica, la desregulación y la privatización—, que, en la práctica, sirvieron para acelerar el proceso de globalización. Dichas políticas incrementaron el nivel de desempleo, el agotamiento de los recursos y las diferencias de rentas, lo

cual suministró un entorno para el aumento del crimen y la creación de redes de corrupción, mercados negros, traficantes de armas y drogas, etcétera. En las sociedades en las que el Estado controlaba grandes sectores de la economía y no existen instituciones de mercado organizadas por su cuenta, las políticas de «ajuste estructural» o «transición» significan, en realidad, la falta de cualquier tipo de norma. El mercado, en general, no significa nuevas empresas autónomas de producción. Significa corrupción, especulación y crimen. Nuevos grupos de turbios «hombres de negocios», a menudo vinculados a los aparatos institucionales en decadencia a través de varias formas de soborno y abusos de información privilegiada, se dedican a una especie de acumulación primitiva, el ansia de tierras y capital. Utilizan el lenguaje de la política de identidades para levantar alianzas y legítimar sus actividades. Con frecuencia, esas redes están relacionadas con guerras —por ejemplo en Afganistán, Pakistán y grandes zonas de África— y con la desintegración del complejo militar e industrial tras el final de la guerra fría. Muchas veces son transnacionales y se relacionan con circuitos internacionales de mercancías ilegales, en ocasiones a través de contactos entre los expatriados.

Un fenómeno típico lo constituyen las nuevas bandas de jóvenes, los nuevos aventureros, que viven de la violencia o las amenazas de violencia, que obtienen armas de los excedentes que circulan en el mercado negro o saqueando almacenes militares, y que, o bien fundan su poder en redes particularistas, o buscan respetabilidad mediante reivindicaciones particularistas. Entre ellos están también los grupos transcaucásicos que se dedican a capturar rehenes para intercambiarlos por comida, armas, dinero, otros rehenes e incluso cadáveres; las mafias de Rusia; los nuevos cosacos, que lucen el uniforme de cosacos para «proteger» a los grupos de expatriados rusos en los países vecinos; las milicias nacionalistas compuestas por jóvenes parados en la zona occidental de Ucrania o Herzegovina: todos ellos se alimentan, como buitres, de los restos del Estado en descomposición y de las frustraciones y los resentimientos de los pobres y desempleados. En las zonas de conflicto de África y el sur de Asia también se encuentra esta misma casta de inquietos aventureros políticos.²⁵

La nueva política de identidades reúne estas dos fuentes de

particularismo en diversos grados. Las antiguas elites administrativas o intelectuales se alían con una mezcla variopinta de aventureros marginados de la sociedad y, juntos, movilizan a los excluidos y abandonados, los alienados e inseguros, con el fin de tomar y conservar el poder. Cuanto más grande es la sensación de inseguridad, mayor la polarización de la sociedad, y menos espacio queda para valores políticos alternativos e integradores. En situación de conflicto, dichas alianzas se consolidan gracias a la complicidad compartida en los crímenes de guerra y una dependencia común de la persistencia de la economía de guerra. En Ruanda, el plan para el genocidio masivo se ha interpretado como la forma de que los hutus extremistas pudieran conservar su poder en el contexto de la crisis económica y la presión internacional a favor de la democratización. Según la ONG Africa Rights: «El objetivo de los extremistas era que toda la población hutu participase en las matanzas. De esa forma, la sangre del genocidio mancharía a todo el mundo. No podría haber marcha atrás».²⁶ La intensificación de la guerra en Cachemira, incluida la participación de *muyahidin* afganos, ha creado una polarización entre las identidades hindú y musulmana que ha ido suplantando progresivamente a las tradiciones sincréticas y los lazos comunes basados en la identidad cachemir, el *kashmiriyat*.²⁷ Una de las explicaciones para la ferocidad del sentimiento nacionalista en la antigua Yugoslavia es el hecho de que allí se concentran todos los orígenes posibles de la nueva política de identidades: el antiguo Estado tenía la clase dirigente más occidentalizada y cosmopolita de los países del este de Europa, por lo que el resentimiento de los excluidos se veía exacerbado; experimentaba la competencia burocrática nacionalista típica del Estado centralizado en decadencia; y, debido a que se vio expuesta a la transición al libre mercado antes que cualquier otro país del este de Europa, su economía paralela se desarrolló más. Aun así, fue necesaria una guerra despiadada para crear el odio sobre el que reconstruir identidades excluyentes.

La nueva forma de política de identidades se considera a menudo un retroceso al pasado, un regreso a las identidades premodernas, temporalmente desplazadas o suprimidas por las ideologías modernizadoras. Desde luego, es cierto que la nueva

política se basa en el recuerdo y la historia, y que algunas sociedades en las que las tradiciones culturales están más arraigadas son más susceptibles a la nueva política. Pero, como he explicado, lo que importa de verdad es el pasado reciente y, en especial, el impacto de la globalización sobre la supervivencia política de los Estados. Además, la nueva política tiene rasgos completamente nuevos y contemporáneos.

En primer lugar, es horizontal además de vertical, transnacional además de nacional. En casi todos los nuevos nacionalismos, la diáspora desempeña un papel mucho más importante que antes gracias a la rapidez de las comunicaciones. Siempre hubo grupos de expatriados nacionalistas que tramaban la liberación de su país en París o Londres. Pero tales grupos han crecido y han adquirido más importancia por las dimensiones de la emigración, la facilidad de viaje y la expansión del teléfono, el fax y el correo electrónico. Existen dos tipos de expatriados. Por un lado, están las minorías que viven en países vecinos, temerosos de su vulnerabilidad a los nacionalismos locales y, con frecuencia, más extremistas que los que se han quedado en su país. Por ejemplo, los serbios que viven en Croacia y Bosnia-Herzegovina, las minorías rusas en todas las repúblicas ex soviéticas, la minoría húngara en Vojvodina, Rumania, Ucrania y Eslovaquia, los tutsis que viven en Zaire o Uganda. Por otro lado, hay grupos más desapegados que viven en países distantes, muchas veces en las nuevas naciones constituidas por una mezcla de culturas, y encuentran consuelo en sus fantasías sobre sus orígenes, a menudo muy alejadas de la realidad. La idea de una patria *sij*, *Khastán*, la noción de unir Macedonia y Bulgaria, la exigencia de una Rutenia independiente: todas se originaron en las comunidades exiliadas en Canadá. El apoyo de los norteamericanos de origen irlandés al Ejército Republicano Irlandés (IRA), el violento conflicto entre las comunidades griega y macedonia en Australia y las presiones de los grupos croatas en Alemania para que se reconozca su república son otros ejemplos. Dichos grupos proporcionan ideas, dinero, armas y conocimientos, a menudo con consecuencias desproporcionadas. Entre los individuos que componen los nuevos círculos nacionalistas hay expatriados románticos, mercenarios extranjeros, traficantes e inversores, pro-

pietarios de pizzerías en Canadá, etcétera. Radha Kumar ha descrito el apoyo que dan los indios residentes en Estados Unidos a los fundamentalistas hindúes: «Separados de sus países de origen, los expatriados viven a menudo como extranjeros en un país extraño y se sienten despojados de su cultura, pero, al mismo tiempo, culpables de haber escapado a los problemas “de casa”, y se vuelven hacia el nacionalismo de los expatriados sin comprender la violencia que, sin querer, pueden desencadenar sus acciones».²⁸ Este mismo tipo de redes transnacionales es el que se encuentra también en algunos grupos religiosos. Son conocidas las conexiones islámicas, pero hay otras religiones que tienen los mismos vínculos. Una vez visité el despacho del llamado «ministro de Exteriores» de Osetia del Sur, una región disidente de Georgia, y vi que tenía un retrato del líder serbobosnio, Karadzic, en la pared. Me explicó que se lo había dado la delegación de la República Srbska durante una reunión de cristianos ortodoxos orientales.

En segundo lugar, la capacidad de movilización política se ha ampliado enormemente, como consecuencia de una mejor educación y una expansión de las clases cultas, pero también gracias a las nuevas tecnologías. Muchas explicaciones del crecimiento del islamismo político se centran en la aparición de clases urbanas recientemente alfabetizadas —que, muchas veces, quedan excluidas del poder—, el aumento de escuelas islámicas y el aumento del número de lectores de periódicos.²⁹ El hecho de que cada vez haya más personas educadas en sus lenguas maternas, junto a la difusión de los periódicos comunitarios de masas, crea nuevas «comunidades imaginarias». Y —lo que es todavía más significativo— la generalización de la televisión, el vídeo y la radio ofrece medios muy rápidos y eficaces de difundir un mensaje particularista. Los medios electrónicos tienen una autoridad que los periódicos no pueden igualar; en algunas partes de África, la radio es «mágica». La circulación de casetes con sermones de predicadores islámicos militantes, el uso de la radio «del odio» para incitar a la gente al genocidio en Ruanda, el control de la televisión por parte de los líderes nacionalistas en Europa del Este, son mecanismos que aceleran la movilización política. En Kósovo, la diáspora y los modernos medios de

comunicación se aúnan en las emisiones en lengua albanesa realizadas desde Suiza y recibidas por la población de origen albanés a través de sus antenas parabólicas.

Cosmopolitismo contra particularismo

A.D. Smith, en su libro *Nations and Nationalism in the Global Era* (*Naciones y nacionalismo en la era global*), discrepa de la opinión de que las naciones-estado son un anacronismo.³⁰ Afirma que las nuevas clases mundiales todavía necesitan tener una sensación de comunidad e identidad basada en las etnias para superar la alienación de su discurso universalizador, técnico y científico. Y critica lo que llama la falacia moderna de que las naciones-estado son sistemas de gobierno artificiales y temporales, escalas en la evolución hacia una sociedad global. Cree que el nuevo nacionalismo es la prueba de la persistencia de las etnias y ofrece un punto de vista positivo sobre el separatismo cultural, que considera una manera de cimentar las naciones-estado más firmemente en torno a una etnia dominante, al mismo tiempo que se les permite la adhesión a ideales cívicos.

Puede ser que las nuevas identidades particularistas vayan a perdurar, que sean la expresión de un nuevo relativismo cultural posmoderno. Pero es difícil afirmar que ofrecen una base para los valores cívicos humanistas, precisamente porque no pueden ofrecer un proyecto de futuro válido en el nuevo contexto mundial. La principal implicación de la globalización es que la soberanía territorial ha dejado de ser viable. Los esfuerzos por recuperar el poder dentro de un ámbito espacial determinado sólo servirán para disminuir todavía más la capacidad de influir sobre los acontecimientos. Ello no significa que la nueva política de identidades particularista vaya a desaparecer. Se trata, más bien, de una receta para nuevos Estados pequeños, caóticos y cerrados con fronteras permanentemente discutidas y que dependerán de la violencia constante para sobrevivir.

Los particularistas no pueden prescindir de las personas con otras etiquetas. La globalización, como implica su nom-

bre, es global. En todas partes, en diversas proporciones, los que se benefician de la globalización tienen que compartir el territorio con los que están excluidos de sus ventajas, pero, aun así, resultan profundamente afectados por ella. Ganadores y perdedores se necesitan mutuamente. No hay un trozo de tierra, sea pequeño o grande, que pueda seguir aislado del mundo exterior.

Por supuesto, es posible prever —y ya está ocurriendo— una nueva reafirmación de la política regional y local, una reivindicación de más responsabilidad democrática en dichos ámbitos. Pero esas declaraciones deben situarse en un contexto mundial; tienen que incluir un mayor acceso y una mayor apertura hacia los ámbitos mundiales de gobernanza y deben basarse en una mayor responsabilidad democrática para todos los habitantes del territorio en cuestión, no sólo para los que llevan una etiqueta concreta. Es decir, este tipo de política necesita estar inserto en lo que podría calificarse de una conciencia política cosmopolita.

Cuando digo cosmopolitismo, no me refiero a una negación de la identidad. Me refiero, más bien, a la celebración de la diversidad de identidades mundiales, la aceptación e incluso el entusiasmo ante múltiples identidades que se superponen y, al mismo tiempo, el compromiso de defender la igualdad de todos los seres humanos y el respeto a la dignidad humana. El término procede de la noción kantiana de derecho cosmopolita, que acompaña al reconocimiento de las soberanías separadas; es decir, aún el universalismo y la diversidad. Anthony Appiah habla del «patriota cosmopolita» o el «cosmopolita arraigado, apegado a un hogar propio, con sus propias peculiaridades culturales, pero que disfruta de la presencia de otras personas diferentes». Distingue el cosmopolitismo del humanismo «porque el cosmopolitismo no es sólo el sentimiento de que todo el mundo es importante. El cosmopolita celebra el hecho de que existen formas locales y *diferentes* de ser humano; mientras que el humanismo, por el contrario, concuerda con el deseo de homogeneidad mundial».³¹

Se pueden identificar dos posibles orígenes de la conciencia política cosmopolita. Uno, que podría denominarse el cosmo-

litismo desde arriba, se encuentra en las numerosas organizaciones internacionales, algunas de las cuales —especialmente la UE— están adquiriendo poderes supranacionales. Estas instituciones desarrollan su propia lógica y sus propias estructuras internas. Hacen posible realizar determinadas actividades, en vez de llevarlas a cabo con sus propios recursos. Actúan a través de complejas asociaciones, acuerdos de cooperación, negociaciones y mediaciones con otros organismos, Estados y grupos privados o semiprivados. Están limitados por la falta de recursos y —otro aspecto relacionado con el anterior— por los acuerdos intergubernamentales que hacen que les sea muy difícil actuar, salvo a base de compromisos laboriosos y, con frecuencia, insatisfactorios. En muchas de esas instituciones hay funcionarios idealistas y dedicados, interesados por buscar fuentes de legitimidad alternativas frente a sus jefes nacionales, que tanta frustración les producen.

El otro origen es el que podríamos llamar cosmopolitismo desde abajo, los nuevos movimientos sociales de los años ochenta y las que han pasado a llamarse ONG en los noventa. Esta nueva forma de activismo se ha ido desarrollando desde principios de los ochenta, fundamentalmente como respuesta a los nuevos problemas mundiales. Son movimientos distintos de otros movimientos sociales anteriores. No encajan fácilmente en una división entre izquierda y derecha; se preocupan por nuevos problemas como la paz, la ecología, los derechos humanos, la relación entre sexos y el desarrollo. Suelen tener una organización horizontal, y no vertical, y resultan más eficaces en el ámbito local o transnacional. Durante los años noventa se han ido haciendo cada vez más individualistas. Tienden a ser escépticos en política. Expresan sus compromisos individuales a través del vegetarianismo o conduciendo caravanas de ayuda a zonas de guerra. Aunque, en el pasado, han organizado manifestaciones de masas, sus acciones suelen ser simbólicas o espectaculares; por ejemplo, las del buque *Rainbow Warrior*, de Greenpeace. Términos como «antipolítica», «autoorganización» y «sociedad civil» expresan su rechazo a las formas políticas convencionales.

En la actualidad, el cosmopolitismo y el particularismo coexisten en el mismo espacio geográfico. El cosmopolitismo tien-

de a estar más extendido en occidente y menos en el este y el sur. No obstante, se encuentran ambos tipos de personas en todo el mundo, en aldeas y ciudades remotas. Los nuevos conflictos particularistas sacan a la luz a valientes grupos de gente que intentan oponerse a la guerra y el exclusivismo; lo mismo habitantes del lugar que otros que llegan, voluntarios, desde el extranjero, para ofrecer ayuda humanitaria, hacer de mediadores, etcétera. Los grupos locales se hacen más fuertes en la medida en que logran acceso a las redes transnacionales o reciben su apoyo y protección.

En las guerras es donde se reduce el espacio para el cosmopolitismo. Los particularismos se necesitan mutuamente para sostener sus identidades excluyentes; de aquí la combinación paradójica de conflicto y cooperación. El cosmopolitismo disminuye la capacidad de convocatoria del particularismo, y los representantes de los valores civiles y humanos suelen ser blancos frecuentes en las guerras. Cada vez aparecen más zonas imposibles, como Ruanda o Afganistán, en las que ciertos organismos humanitarios, de forma aislada, negocian a duras penas y sobornan lo que haga falta para poder ayudar a quienes lo necesitan. Algunos afirman que tales situaciones son presagios del futuro para gran parte del mundo.³² Nada es tan polarizador como la violencia, ni tiene tantas probabilidades de provocar un abandono de proyectos utópicos incluyentes. «Sarajevo es el futuro de Europa. Éste es el final de la historia», le dicen a uno los cosmopolitas desencantados que viven en dicha ciudad. Pero la política nunca es una cosa determinada. Que se pueda prever otro futuro o no depende, en definitiva, de lo queelijamos.